

JAVIER
PÉREZ CAMPOS

IMMATURI

LOS INOCENTES



Son los fantasmas más temidos
de la historia. Su pequeña figura
nos inquieta profundamente...

 Planeta

JAVIER PÉREZ CAMPOS

IMMATURI

LOS INOCENTES

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Javier Pérez Campos, 2023
© del prólogo, Aldo Linares, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones del interior: © archivo del autor, © Interfoto / Alamy / ACI, © J. Mauricio Restrepo, © Zde / Wikimedia, © Zeferli / iStock, © Historic Collection / Alamy / ACI, © CassielMx / Shutterstock, © desk006 / Shutterstock, © Antonio J. Moreno López, © zef art / Shutterstock, © History and Art Collection / ACI, © Lanmas / Alamy / ACI, © Newsday LLC / Getty Images, © Zuzha / Shutterstock, Ejemplar original y firmado del Petit Prince que irá acompañado de dos dibujos del autor Antoine de Saint-Exupéry. El ejemplar a la venta en Cazo es una edición original en color de la versión francesa del Principito publicada en Nueva York en 1943 por Reynal & Hitchcock © Philippe Lopez / Getty Images, © Tomás Hijo, © Israel J. Espino

Diseño del interior: J. Mauricio Restrepo

Primera edición: octubre de 2023
Depósito legal: B. 14.423-2023
ISBN: 978-84-08-27757-6
Preimpresión: Realización Planeta
Impresión: Egedsa
Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo. *Hay miradas que se buscan en tus ojos*, por Aldo Linares, 13

Introducción. 622, 19

PRIMERA PARTE

Aoroi **27**

Capítulo 1. Un niño de otro tiempo, 35

Capítulo 2. La Portuguesa, 55

Capítulo 3. El fantasma de Augusto, 77

Capítulo 4. Regreso al parador, 91

SEGUNDA PARTE

Imbunche **107**

Capítulo 5. Los *zouhris*, 115

Capítulo 6. Los tres esqueletos, 133

TERCERA PARTE

Sangruju **153**

Capítulo 7. El Niño Blanco, 159

Capítulo 8. El palacio de Andresito, 183

Capítulo 9. La Casa del Niño, 211

Capítulo 10. Las voces del colegio, 227

CUARTA PARTE

Immaturi

239

Capítulo 11. ¿Es Joe Defeo?, 249

Capítulo 12. El parvulario, 267

Capítulo 13. Antonia Valverde, 279

QUINTA PARTE

Guardianes

295

Capítulo 14. La niña vampiro, 303

Capítulo 15. El niño de las estrellas, 311

Epílogo. *Todo es ahora*, 325

Contacto, 329

PRIMERA PARTE

Aoroi



Me gustaría saber si crees en los fantasmas, y si tienen forma propia y algún tipo de poder sobrenatural, o si carecen de sustancia y, en realidad, solo adquieren la forma de nuestros miedos...

PLINIO EL JOVEN, siglo II d. C.

A MEDIADOS DEL SIGLO XX, LA ARQUEOLOGÍA empezó a descubrir un tipo de enterramientos muy particular. Historiadores de la talla de Desiderio Vaquerizo, en Córdoba, han denominado tales hallazgos como *sepulturas anómalas*. Se trata de esqueletos de época romana aparecidos en el interior de vasijas o urnas envueltas en cadenas, a modo de contenedores de espíritu. Artilugios diseñados para evitar que el alma del difunto pueda salir a molestar a los vivos. Otros cuerpos aparecieron en posiciones extrañas, o anclados a la tierra con clavos de gran tamaño.

En Baelo Claudia, Cádiz, se encontró el cuerpo de un niño dentro de un ánfora. Y esa era la particularidad de muchos de estos ritos: los que reposaban en estas sepulturas anómalas eran, en muchos casos, niños. Esto demostraba que la civilización ha sentido siempre un respeto muy especial por el fallecimiento de los pequeños. Había que velarlos de manera distinta, y también había que protegerse de ellos.

Precisamente, el término *cesárea* deriva de la expresión latina *sectio caesarea*, ‘corte de César’ y, ya en la Edad Media, Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías* (9.12), difundió la idea de que el famoso emperador Julio César había nacido por cesárea, y por eso se acuñó el término. Pero la evidencia científica rechaza tal hipótesis, pues en aquella época no existía posibilidad alguna de practicar una cesárea que permitiera a la madre sobrevivir, y Aurelia Cota, madre de Julio César, vivió muchos años después de dar a luz.

La cuestión es que en época romana la cesárea se utilizaba para extraer el feto a las mujeres que morían embarazadas, para enterrarlo en un lugar especial y con ciertas precauciones. Porque si el

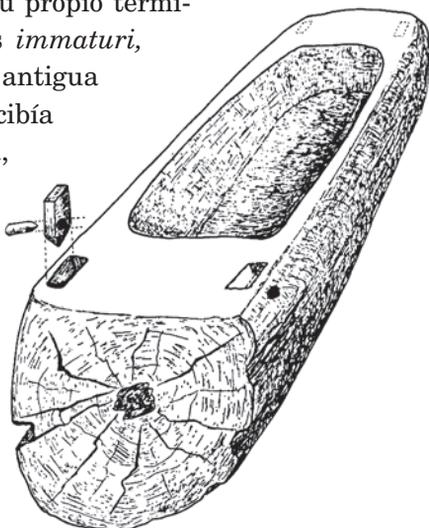


Primera representación de una cesárea, en el mito griego de Asclepio. Su madre, Coronis, había sido infiel a su padre, Apolo. Artemisa, hermana de Apolo, mató a Coronis, y este extrajo del vientre de la difunta a su hijo, Asclepio, dios de la medicina.

niño moría de forma violenta y no se cumplían los ritos adecuados, colocando, por ejemplo, una moneda en la boca para el viaje al otro mundo, este podía regresar de manera furibunda.

Precisamente, en los catálogos de fantasmas que tenían todas las culturas, los niños tenían su propio término. Para los romanos eran los *immaturi*, muertos antes de tiempo. En la antigua Grecia, el fantasma del niño recibía el nombre de *aoroi*, que significa, literalmente, 'fuera de hora'.

Pero incluso en civilizaciones anteriores encontramos ya ritos diferentes para enterrar a los niños. En España tenemos un ejemplo increíble



En la cueva de Son Borna (Mallorca) aparecieron estos troncos tallados para enterrar de una forma especial a los muertos.

en Mallorca, de la cultura talayótica, en la Edad de Bronce. Se estima que los primeros pobladores llegaron a la isla en torno al año 4000 a. C., debido a los restos que se hallaron en un abrigo rocoso de Son Matge (Valldemossa).

Pero es alrededor del 1500 a. C. cuando surge la cultura de los talayotes, que supone una auténtica revolución por su carácter religioso. Levantan los grandes monumentos megalíticos o los enormes recintos funerarios como el de Son Real, una ciudad cementerio, construida para los difuntos en un lugar de tránsito: frente al mar. Durante las primeras excavaciones en 1959 aparecieron varias sepulturas extrañas, con muertos atados para mantenerlos doblados y evitar así que salieran de sus tumbas.¹ Pero el ejemplo de enterramiento más extraño (y único) del mundo lo encontramos en la cueva de Son Borna, en la sierra mallorquina de Na Burguesa, de muy difícil acceso y donde aparecieron varios cuerpos, incluidos algunos de niños, en el interior de troncos de abeto vaciados, donde dejaban solo sus carcasas a modo de ataúdes. Eran unos sarcófagos sin igual, contruidos, además, en un tipo de madera que no se encontraba en la isla. Los muertos presentaban posturas imposibles, totalmente encorvados y con las piernas flexionadas, como en tantos otros cementerios específicos para los *immaturi*.

La imponente presencia del niño más allá de la muerte ha generado incluso textos como uno de Quintiliano, del siglo I, que relata lo que le sucedió a un matrimonio que vio morir a su pequeño. Días después de la tragedia, el fantasma del niño empezó a aparecerse en la casa, provocando pavor a su padre y alivio a su madre. Es interesante observar que el relato muestra las dos formas de interpretar la aparición: miedo o paz. Precisamente fue su padre quien, aterroizado, decidió poner fin a tales fenómenos; por eso llevó a cabo un ritual sobre el cadáver de su hijo, anclándolo a la tumba con barras de hierro y piedras (cuyo hallazgo incorporaríamos hoy al grueso listado de sepulturas anómalas). Desde ese momento, el fantasma del niño desapareció, cosa que le provocó una enorme conmoción a su madre, que anhelaba sentir a su vástago, aunque fuera de esa forma. Según el texto de Quintiliano, la madre decidió llevar a su

1 Carlos Garrido, *Mallorca mágica*, Palma de Mallorca, Promallorca Edicions, 1987.



En los fondos del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida se almacenan algunos clavos que aparecieron en diferentes sepulturas, cuya finalidad era la de anclar al difunto a la tumba para evitar que su espíritu regresara del Más Allá.

marido a los tribunales: lo acusó de maltratos, pues le había arrebatado al fantasma de su hijo.

En esa misma época y en ese mismo contexto, contamos con documentos militares que recogen las denuncias del político y filósofo Marco Tulio Cicerón a su gran enemigo, Publio Vatinio, por sacrificar a niños para después, utilizando los restos de sus cadáveres, convocar a sus espíritus para atormentarle.

Y es que, para la magia y la hechicería, los cuerpos de niños eran los más útiles. Se utilizaban para atraer a estos fantasmas vengativos. Otro ejemplo lo encontramos en el *Satiricón*, de Petronio, del año 66 d. C. Esta novela, considerada una de las primeras de la literatura, narra en uno de sus fragmentos cómo unas brujas acechan en el exterior de una casa donde se está velando el cadáver de un bebé, a la espera del entierro. Para despistar a la familia, estas mujeres provocan una serie de ruidos que hacen que todo el

mundo salga al exterior a comprobar qué está sucediendo. Aprovechando la coyuntura, las brujas entran en la vivienda, roban el cadáver del recién nacido y lo sustituyen por un muñeco de paja que han fabricado para la ocasión.

A este respecto, en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida se pueden encontrar multitud de tablillas de invocación con las que los hechiceros convocaban a los fantasmas para utilizarlos a su antojo. Estas prácticas también se realizaban en la antigua Grecia. En una colección conocida como «Papiros mágicos griegos» se recoge un texto de invocación especialmente útil para atraer a los *aoroi* y que debía recitarse en la noche frente a su tumba:

Te conjuro, espíritu muerto, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, [inserta tu nombre], en este día, en esta noche, y aceptes mi solicitud de servicio.

Y si no lo haces, prepárate para otros castigos.²

Pero, sin duda, uno de los textos más curiosos, cuyo protagonista es el fantasma de un infante, pertenece a la obra hagiográfica *Vitas Sanctorum Patrum Emeritensium*, escrita por un diácono desconocido llamado Paul, que, ya en el siglo VII, contiene un relato hispanovisigodo de fantasmas, que quizá sea el primero ocurrido en la península ibérica, concretamente en la Mérida del siglo VI.³ Un niño recién fallecido en su celda del monasterio se apareció a algunos de sus amigos, que llegaron a oír su voz en la noche e incluso distinguieron su figura pálida y refulgente bajo la luz de la luna.

Curiosamente, el terror ancestral al niño fantasma se ha manifestado en el arte en forma de ausencia, ya que apenas existen representaciones pictóricas sobre este tema. Una de las pocas se es de 1898, del artista húngaro Adolf Himéry-Hirschl. *Las almas de Acheron* muestra a un conjunto de espíritus cruzando el río Aqueronte. Un escenario profundamente lóbrego y oscuro, donde las almas intentan desesperadamente, con sus brazos en alto, asir a Hermes Necropompos para poder subir a su barca y llegar por fin al infierno.

2 *Papyri Graecae Magicae*, siglo I a. C. a siglo VII d. C.

3 Isabel Velázquez (edición de), *Vidas de los santos Padres de Mérida*, Madrid, Trotta Editorial, 2008.

Entre esos muertos recientes y desesperados aparecen los cuerpos lánguidos y pálidos de dos niños, cuya expresión varía respecto a la de los adultos. Mientras estos últimos intentan luchar para llegar al otro lado, los *immaturi* parecen resignados, agotados, perdidos. Son muertos distintos, y también es distinta su actitud frente a la muerte.

Por eso el impacto en quienes se han encontrado con ellos es también distinto.

He decidido bautizar a estos espectros como *los Inocentes* porque, a raíz de mis investigaciones, la sensación general es que ese es precisamente el elemento que les confiere un carácter especial: la inocencia ante la muerte y esa misma actitud inocente ante el testigo. El fantasma, además, es un espejo en el que nos vemos reflejados, y pocas cosas hay más aterradoras que la inocencia perdida.